

das las tentaciones y la perfeccion de todas las virtudes, y así lo reconocia muy bien el Profeta cuando decia, Psalm. cxxvi, v. 1: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui edificant eam*: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica. *Et nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*: Y si el Señor no guarda la ciudad, en vano trabaja el que la guarda. Él es el que nos ha de dar todo el bien, y el que despues de dado lo ha de guardar y conservar; y sino en vano será todo nuestro trabajo.

CAPÍTULO XXXVI.

Que la humildad no es contraria á la magnanimidad, antes es fundamento y causa de ella.

Santo Tomás, 2, 2, q. 1, art. 29, tratando de la virtud de la magnanimidad, pone esta cuestion: Por una parte dicen los Santos, y dícelo el sagrado Evangelio, que nos es muy necesaria la humildad, y por otra nos es tambien muy necesaria la magnanimidad, especialmente á los que tienen oficios y ministerios altos. Estas dos virtudes parecen contrarias entre sí; porque la magnanimidad es una grandeza de ánimo para emprender y acometer cosas grandes y excelentes, y que sean en sí dignas de honra: y lo uno y lo otro parece contrario á la humildad;

porque cuanto á lo primero, que es emprender cosas grandes, no parece que dice con ella; porque uno de los grados de humildad que ponen los Santos, es: *Ad omnia indignum, et utilem se confiteri, et credere*: Confesarse y tenerse por indigno é inútil para todas las cosas, y emprender uno aquello para lo que no es parece soberbia y presuncion. Y lo segundo, que es emprender cosas de honra, parece tambien contrario; porque el verdadero humilde ha de estar muy léjos de desear honra y estimacion. Á esto responde muy bien santo Tomás, y dice, que aunque mirando la apariencia y sonido exterior parecen contrarias entre sí estas dos virtudes; pero en efecto ninguna virtud puede ser contraria á otra; y en particular dice de estas dos, humildad y magnanimidad, que si miramos atentamente á la verdad y sustancia de la cosa, hallaremos que no solo no son contrarias, pero que son muy hermanas, y depende mucho la una de la otra. Y declara esto muy bien; porque cuanto á lo primero, que es emprender y acometer cosas grandes, que es propio del magnánimo, no solo no es eso contrario al humilde, antes es muy propio suyo; y solo el que lo fuere puede hacer eso bien. Si fiados en nuestras fuerzas y medios emprendiésemos cosas grandes, seria presuncion y soberbia; porque ¿qué cosas grandes ni aun pequeñas podemos nosotros emprender, fiados

en nuestras fuerzas, pues no somos suficientes de nosotros ni aun para tener un buen pensamiento? como dice san Pablo, II ad Cor. iii, v. 5: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis*. Pero el fundamento firme de esta virtud de la magnanimidad, para acometer y emprender cosas grandes, ha de ser desconfiar de nosotros y de todos los medios humanos, y poner nuestra confianza en Dios, que es la verdadera humildad.

El glorioso san Bernardo, sobre aquello de los Cantares: *Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis affluens, innixa super dilectum suum?* Bern. serm. 60 ex parv.: ¿Quién es esta que sube del desierto, abundante en riquezas, estribando sobre su amado? declara muy bien como toda nuestra virtud y fortaleza y todas nuestras buenas obras han de estribar en nuestro amado. Y trae para esto el ejemplo del apóstol san Pablo á los de Corinto: *Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi*. I ad Cor. xv, v. 10. Comienza el Apóstol á contar sus trabajos y lo mucho que habia hecho en la predicacion del Evangelio y en el servicio de la Iglesia, hasta venir á decir que habia trabajado mas que los demás Apóstoles. Dice el bienaventurado san Bernardo: Mirad lo que decís, Apóstol santo, para que podais decir eso, y para que no lo perdais: *Innitere super dilectum tuum*: Estribad sobre vuestro

amado. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum*. Luego estriba sobre su amado: No yo, sino la gracia de Dios conmigo. Y escribiendo á los filipenses, c. iv, v. 13, dice: *Omnia possum*: Todo lo puedo. Y luego estriba en su amado, y dice: *In eo qui me confortat*: En aquel que me conforta. En Dios todo lo podremos; con su gracia seremos poderosos para todo: en eso hemos de estribar, y ese ha de ser el fundamento de nuestra magnanimidad y grandeza de ánimo. Y eso es lo que dice el profeta Isaías, xi, v. 31: *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem*: Los que desconfian de sí, y ponen toda su confianza en Dios, mudarán su fortaleza; porque trocarán la fortaleza de hombres, que es flaqueza, en fortaleza de Dios; trocarán su brazo flaco y de carne en el brazo del Señor, y así quedarán fuertes y poderosos para todo, porque en Dios todo lo podrán. Y así dijo muy bien san Leon Papa, serm. 5 Epiph.: *Nihil arduum humilibus, nihil asperum mitibus*: El verdadero humilde, ese es magnánimo, animoso y esforzado para acometer y emprender cosas grandes, ninguna cosa se le hace ardua ni dificultosa; porque no confía en sí, sino en Dios, y poniendo los ojos en Dios, y estribando en él, nada se le pone delante: *In Deo faciemus virtutem, et ipse ad nihilum deducet tribulantes nos*. Psalm. lxx, v. 14. En Dios todo lo puede. Esto es lo que habemos menester mucho nosotros, ánimo

grande, esfuerzo y confianza en Dios, no desmayos que quitan la gana de obrar nuestros ministerios. De manera que habemos de ser en nosotros humildes, conociendo que de nosotros no somos para nada, ni valemos ni podemos nada; pero en Dios, y con su virtud y gracia, habemos de ser animosos y esforzados para emprender cosas grandes.

San Basilio declara esto muy bien sobre aquellas palabras de Isaías, c. vi, v. 8: *Ecce ego, mitte me*. Quería Dios enviar á predicar alguno á su pueblo, y como él quiere obrar las cosas en nosotros con voluntad y consentimiento nuestro, dijo donde lo pudo oír Isaías: *Quem mittam, et quis ibit nobis*: ¿Á quién enviaré, quién querrá ir de buena gana? Responde el Profeta: *Ecce ego, mitte me*: Señor, aquí estoy yo, si me quereis enviar. Pondera bien san Basilio que no dijo: Señor, yo iré y haré eso muy bien; porque era humilde, y conocía su flaqueza, y veía que era atrevimiento prometer de sí que haría una cosa tan grande, y que sobrepujaba todas sus fuerzas; sino dice: Señor, aquí estoy yo muy pronto y dispuesto para recibir lo que Vos me quisiéreis dar. Enviadme Vos, que si me enviáis, yo iré; como si dijera: Yo no soy suficiente para un ministerio tan alto como ese; empero Vos me podeis dar la suficiencia, Vos podeis poner palabras en mi boca que truequen los corazones. Si Vos me enviáis, yo po-

dré ir, y seré suficiente para ello yendo en vuestro nombre. Y dícele Dios: *Vade*. Veis aquí, dice san Basilio, quedó el profeta Isaías graduado por predicador y apóstol de Dios, porque supo responder muy bien en la materia de humildad, porque no se atribuyó á sí el ir; sino reconociendo su insuficiencia y flaqueza puso toda su confianza en Dios, creyendo que en él todo lo podía, y que si él le enviaba podría ir. Por eso se lo concede Dios, y le dice que vaya, haciéndole predicador, y embajador y apóstol suyo. Esta ha de ser nuestra fortaleza y nuestra magnanimidad para emprender y acometer cosas grandes. Por eso no desmayeis ni os desanimeis por vuestra flaqueza é insuficiencia. *Noli dicere puer sum*, dice Dios á Jeremías, i, v. 7; *quoniam ad omnia que mittam te, ibis: et universa quaecumque mandavero tibi, loqueris*: No digas que eres niño, y que no sabes hablar, que á todo lo que yo te enviare irás, hablarás, harás, y podrás muy bien todo lo que yo te mandare: *Ne timeas à facie eorum, quia tecum ego sum*: No temas, que yo seré contigo. De manera, que cuanto á esta parte de la humildad, no solo no es contraria á la magnanimidad, sino antes es raíz y fundamento de ella.

Lo segundo que tiene el magnánimo, que es desear hacer cosas grandes, y que sean en sí dignas de honra, tampoco es contrario á la humildad; porque como dice muy

bien santo Tomás, 2, 2, q. 129, art. 2 ad 3, aunque el magnánimo desea esto, no lo desea por la honra humana, ni este es su fin: merecerla sí, pero no procurarla ni estimarla; antes tiene un corazón tan despreciador de las honras y de las deshonras, que ninguna cosa tiene por grande sino la virtud, y por amor de ella se mueve á hacer cosas grandes, despreciando la honra de los hombres; porque la virtud es cosa tan alta, que no se puede honrar ni premiar suficientemente de los hombres, porque merece ser honrada y premiada de Dios. Y así el magnánimo no tiene en nada todas las honras del mundo; es esa cosa baja y de ningún precio para él, mas alto es su vuelo: por solo amor de Dios y de la virtud se mueve á obrar y hacer cosas grandes, despreciando todo lo demás. Pues para tener este corazón tan grande, tan generoso y tan despreciador de las honras y deshonras de los hombres, cual le ha de tener el magnánimo, menesteres mucha humildad. Para llegar á tanta perfección, que podáis decir con san Pablo, ad Philip. iv, v. 12: *Scio et humiliari, scio et abundare (ubi que, et in omnibus institutus sum), et satiari, et esurire, et abundare, et penuriam pati*: Sé portarme así en la humillación como en la abundancia y prosperidad, y así en la hartura como en la hambre: *Per gloriam, et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces: sicut qui ignoti, et*

cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus, II ad Cor. vi, v. 8; para que vientos tan réticos y tan contrarios, como de la honra y de la deshonra, de las alabanzas y de las murmuraciones, de los favores y de las persecuciones, no causen en nosotros mudanza ni nos hagan titubear, sino que siempre nos quedemos en un mismo ser, gran fundamento de humildad y de sabiduría del cielo es menester. No sé si sabréis bandearos en la abundancia como el apóstol san Pablo: padecer pobreza y mendigar, peregrinar y andar humilde entre las deshonras y afrentas por ventura sabréis; pero ser humilde en las honras, cátedras, púlpitos y ministerios altos, no sé si sabréis. ¡Ay! que los Ángeles en el cielo no supieron hacer eso, sino que se desvanecieron y cayeron. Aun allá dijo Boecio: *Cum omnis fortuna timenda sit, magis tamen timenda est prospera, quam adversa*: Mas dificultoso es conservarse uno en humildad en las honras y en la estimación del mundo, y en los ministerios y oficios altos, que en los desprecios y deshonras, y en oficios bajos y humildes; porque estas cosas traen consigo humildad, y esas otras soberbia y vanidad: *Scientia inflat*. I ad Cor. viii, v. 1. La ciencia y las demás cosas altas de suyo hinchán y desvanecen. Por eso dicen los Santos que es humildad de grandes y de perfectos varones saber ser humildes entre los dones y mercedes gran-

des que reciben de Dios, y entre las honras y estimacion del mundo.

Cuéntase (1) del bienaventurado san Francisco una cosa que parece bien diferente de cuando se puso á amasar el barro con los piés por huir la honra con que le salian á recibir. Entrando una vez en un pueblo, hiciéronle grande honra por la opinion y estima que tenían de su santidad, y venian todos á besarle el hábito, las manos y los piés, y él no hacia resistencia alguna. Su compañero le juzgó de que parecia que se holgaba con aquella honra, y le venció tanto la tentacion, que al fin se lo dijo. Respondió el Santo: Esta gente, hermano, ninguna cosa hace en comparacion de la honra que habia de hacer. El compañero quedó mas escandalizado con esta respuesta, porque no la entendió. Entonces le dijo el Santo: Hermano, esta honra que me ves hacer, no la atribuyo yo á mí, sino toda la refiero á Dios, cuya es, quedándome yo en lo profundo de mi vileza; y ellos ganan con esto, porque reconocen y honran á Dios en su criatura. Quedó el compañero satisfecho y maravillado de la perfeccion del Santo; y con mucha razon; porque ser tenido y honrado por santo (que es la mayor honra y estima en que uno puede ser tenido), y saber dar á Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna, y sin que se le pegue la miel á las

(1) Part. 1, lib. 1, cap. 37 de la Crónica de san Francisco.

manos, sin tomar de ello algun vano contentamiento, sino quedándose tan entero en su humildad y bajeza, como si no hubiera nada de aquello, y como si aquella honra no se diera á sí, sino á otro, es altísima perfeccion y humildad profundísima.

Pues á esta humildad habemos de procurar llegar con la gracia del Señor, especialmente los que somos llamados, no para que estemos arrinconados y escondidos debajo del celemin, sino en alto, como antorcha sobre el candelero, para alumbrar y dar luz al mundo; para lo cual es menester echar muy buenos fundamentos, y tener un deseo grande, quanto es de nuestra parte, de ser despreciados y tenidos en poco, el cual nazca de un profundo conocimiento de nuestra miseria y vileza, y de nuestra nada, cual la tenia san Francisco cuando se puso á amasar el barro con los piés para ser tenido por loco: de aquel profundo conocimiento propio que tenía de sí mismo, de donde nacia el desear ser despreciado y tenido en poco, de allí nacia tambien que, cuando despues le honraban, y le besaban el hábito y los piés, no se desvanecia, ni se tenia por eso en mas, sino se quedaba tan entero en su bajeza y humildad, como si ninguna honra le hicieran: atribuyendo y refiriendo todo aquello á Dios. Y así aunque estos dos hechos de san Francisco parecen entre sí contra-

rios, procedian de una misma raíz y de un mismo espíritu de humildad.

CAPÍTULO XXXVII.

De otros bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad.

Tua sunt omnia, et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi. I Par. XXIX, v. 14. Despues que el rey David habia preparado mucho oro y plata, y grandes materiales para el edificio y fábrica del templo ofreciéndolo á Dios, dijo estas palabras: Todas las cosas, Señor, son vuestras, y lo que habemos recibido de vuestra mano, eso os damos y volvemos. Esto es lo que habemos de hacer y decir nosotros en todas nuestras buenas obras: Señor, todas nuestras buenas obras son vuestras, y así os volvemos lo que nos habeis dado. Dice muy bien san Agustín, lib. 9 Conf. c. 13: *Quisquis tibi enumerat merita sua, quid tibi enumerat nisi munera tua?* El que se pone á contaros sus merecimientos y los servicios que os hace, ¿qué otra cosa os cuenta, Señor, sino los dones y beneficios que ha recibido de vuestra mano? Esa es vuestra bondad y liberalidad infinita, que quereis que vuestros dones y beneficios sean nuevos merecimientos nuestros; y así cuando pagais nuestros servicios, galardonais vuestros beneficios, y por una gracia nos dais otra, y por una merced

otra: *Gratiam pro gratia.* Joan. I, v. 16. No se contenta el Señor como otro José con darnos el trigo, sino danos tambien el dinero y precio con que se compra: *Gratiam et gloriam dabit Dominus.* Psalm. LXXXIII, v. 12. Todo es dádiva de Dios, y todo se lo habemos de atribuir y volver á él.

Uno de los bienes y provechos grandes que hay en este tercero grado de humildad es, que este es el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias por los beneficios recibidos de Dios. Bien sabida cosa es cuán encomendado y estimado es este hacimiento de gracias en la divina Escritura, pues vemos que cuando el Señor hacia á su pueblo algun beneficio señalado, luego ordenaba alguna memoria ó fiesta en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias y mercedes. Pues esto se hace muy bien con este tercero grado de humildad que, como está dicho, consiste en no atribuirse el hombre á sí bien ninguno, sino atribuirlo todo á Dios, y darle á él la gloria de todo; y en eso está el bueno y verdadero agradecimiento y hacimiento de gracias, no en que digais con la boca: Gracias os doy, Señor, por vuestros beneficios, aunque tambien con la boca habemos de alabar á Dios y darle gracias; pero si lo haceis solamente con la boca, no será hacer gracias, sino decir gracias. Pues para que sea no

solo decir gracias á Dios, sino hacerle gracias, y sea no solo con la boca, sino tambien con el corazon y con la obra, es menester que reconozcais que todo el bien que tenéis es de Dios, y que se lo volvais y atribuyais todo á él, dándole la gloria de todo sin alzaros con nada; porque de esa manera se desnuda el hombre de la honra que ve no ser suya, y la da toda á Dios nuestro Señor, cuya es. Y esto nos quiso dar á entender Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio, cuando habiendo sanado aquellos diez leprosos, y volviendo solo uno á agradecer el beneficio recibido, le dijo: *Non est inventus, qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena.* Luc. xvii, v. 18. No hubo quien volviese y diese la gloria á Dios, sino este extranjeró. Y amonestando Dios á los hijos de Israel que fuesen agradecidos, y no se olvidasen de los beneficios recibidos, les advierte de esto: *Observa, et cave, nequando obliviscaris Domini Dei tui, et elevetur cor tuum, et non reminiscaris Domini Dei tui, qui eduxit te de terra Egypti.* Deut. viii, v. 11, 14. Guardaos no os olvideis de Dios cuando os veais en la tierra de promision en mucha prosperidad de bienes temporales, de casas, heredades y ganados. Guardaos no se levante entonces vuestro corazon, y seais ingratos, y digais que por vuestras fuerzas y diligencias habeis alcanzado esas cosas: *Fortitudo mea, et robur manus meae, hæc mi-*

hi omnia præstiterunt. Eso es olvidarse de Dios, y el mayor desagradecimiento que puede uno tener, atribuirse á sí los dones de Dios. No os pase tal cosa por el pensamiento: *Sed recorderis Domini Dei tui, quod ipse vires tibi præbuerit, ut impleret pactum suum:* Sino acordaos de Dios, y reconoced que suya es la fortaleza, y él os dió las fuerzas para todo, y esto hizo, no por vuestros merecimientos, sino por cumplir la promesa que liberalmente hizo á aquellos padres antiguos: este es el agradecimiento y hacimiento de gracias, y el sacrificio de alabanza con que Dios nuestro Señor quiere ser honrado por los beneficios y mercedes que nos hace: *Sacrificium laudis honorificabit me.* Psalm. lix, v. 23. Este es el *Regi sæculorum immortalis, et invisibili, soli Deo honor, et gloria,* I ad Tim. i, v. 17, que dice san Pablo: á solo Dios se ha de dar la gloria de todo.

De aquí se sigue otro bien y provecho grande, que el verdadero humilde, aunque tenga muchos dones de Dios, y sea por eso muy tenido y estimado de todo el mundo, él no se estima ni se tiene por eso en mas, sino quédase tan firme en el conocimiento de su bajeza, como si nada de lo que le dieron se hallara en él. Porque sabe muy bien distinguir entre lo que es ajeno y lo que es suyo propio, y atribuir á cada uno lo que le pertenece; y así los dones y beneficios que ha recibido de Dios míralos él no como cosa suya, sino como

cosa ajena y prestada, y trae siempre puestos los ojos en el conocimiento de su propia flaqueza y miseria, y en lo que él sería si Dios le dejase de su mano y no le estuviese siempre teniendo y conservando. Antes mientras mas dones tiene recibidos de Dios anda mas confundido y humillado con ellos. Dicesan Doroteo, ser. de humil., que así como en los árboles que están muy cargados de fruta el mismo fruto hace bajar y encorvar los ramos, y aun algunas veces hasta quebrarlos con su grande peso; empero el ramo que no tiene fruto ninguno quédase muy derecho y levantado en alto; y las espigas, cuando los trigos están muy granados, se inclinan tanto que parece que se quiere quebrar la caña; pero cuando las espigas están muy derechas es mala señal é indicio de que están vacías; así, dice, acontece en lo espiritual, que los que están vacíos y sin fruto andan muy engreidos y levantados, teniéndose en algo; pero los que están cargados de fruto y de dones de Dios andan mas humillados y confundidos.

De los mismos dones y beneficios que han recibido toman ocasion los siervos de Dios para humillarse y confundirse mas, y para andar mas temerosos. Dice san Gregorio (1), que así como el que recibe prestada gran cantidad de dineros, de tal manera se huelga

con el empréstito, que le templa muy bien la alegría del recibo el saber que queda obligado á pagarlo, y le da cuidado y pena el pensar si podrá cumplir á su tiempo con la obligacion; así el humilde, mientras mas dones tiene recibidos, se reconoce por mas deudor á Dios, y se tiene por obligado á servirle mas; y parecele que no corresponde á mayores mercedes con mayores servicios, ni á mayores gracias con mayores agradecimientos; y cree y entiende que cualquiera á quien Dios hubiera dado lo que á él, usara mejor de ello y fuera mucho mejor que él y mas agradecido. Y una de las consideraciones que trae á los siervos de Dios muy humillados y confundidos es esta; porque saben que no solo les ha de pedir Dios cuenta de los pecados cometidos, sino tambien de los beneficios recibidos, y saben que á quien dieron mucho, mucho le pedirán, y á quien le encomendaron mas, mas le pedirán: *Omni autem, cui multum datum est, multum quæretur ab eo; et cui commendaverunt multum, plus petent ab eo,* Luc. xii, v. 48, dice Cristo nuestro Redentor. El abad Macario dice que el humilde mira los dones de Dios como depositario y tesorero que tiene la hacienda de su amo, al cual no le viene vanagloria de ello, sino antes temor y cuidado por la cuenta que sabe le han de pedir de ella, si por su culpa se pierde.

De aquí se sigue otro bien y

(1) Gregor. lib. 22 Moral. cap. 5; homil. 9 in Evang.

provecho, y es que el verdadero humilde no desprecia á nadie, ni le tiene en poco, por mucho que le vea caer en culpas y pecados, ni por eso se ensoberbece él, ni se tiene en mas que el otro; antes de allí toma ocasion de humillarse mas viendo al otro caer, porque considero que él y el caido son de una masa, y que cayendo el otro cae él, cuanto es de su parte; porque, como dice san Agustin, Soliloq. c. 17, no hay pecado que uno haga que otro no le haria si no le tuviese piadosamente la mano de Dios. Y así uno de aquellos Padres antiguos, cuando oia que alguno habia caido, lloraba amargamente y decia: *Ille hodie, et ego cras*: Hoy por tí, y mañana por mí. Así como aquel cayó, pudiera yo caer, pues soy hombre flaco como él: *Homo sum, et humanum à me nihil alienum puto*. Y el no haber caido lo tengo de tener por particular beneficio del Señor. Así como nos aconsejan los Santos que cuando viéremos á uno ciego, á otro sordo, á otro cojo, manco ó enfermo, todos aquellos males tengamos por beneficios nuestros, y demos gracias á Dios que no me hizo á mí ciego, ni sordo, ni manco, ni mudo, como á aquel; así habemos de hacer cuenta que los pecados de todos los hombres son beneficios nuestros, porque en todos ellos pudiera yo haber caido si el Señor no me hubiera por su infinita misericordia librado. Con esto se conservan los siervos de Dios en humildad y en

no menospreciar á sus prójimos, ni indignarse contra nadie, por muchas faltas y pecados que vean, conforme á aquello de san Gregorio, hom. 34 sup. Evang.: *Vera justitia compassionem habet, falsa justitia dedignationem*: La verdadera justicia hace que tengamos compasion de nuestro hermano, la falsa desdeñan é indignacion. Y estos tales deben temer aquello que dice san Pablo: *Considerans te ipsum, ne et tu tenteris*, ad Galat. vi, v. 1: No permita el Señor que sean tentados en aquello mismo que condenan, y vengan á probar á su costa cuánta es la humana flaqueza, que suele ser castigo de esta culpa. En tres cosas, dijo uno de aquellos Padres antiguos (1), juzgué á mis hermanos, y en todas tres he caido: *Ut sciant gentes, quoniam homines sunt*. Psalm. ix, v. 21. Para que conozcamos por experiencia que nosotros tambien somos hombres, y aprendamos á no juzgar ni menospreciar á nadie.

CAPÍTULO XXXVIII.

De los favores y mercedes grandes que hace Dios á los humildes, y qué es la causa porque los levanta tanto.

Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa. Sap. vii, v. 11: Estas palabras las dice Salomon de la sabiduría divina, que con ella le

(1) Refert Cassian. lib. 5 de Instit. ren. c. 30 de Abb. Macar.

vinieron todos los bienes; pero podemoslas aplicar muy bien á la humildad, y decir que todos los bienes vienen con ella: pues el mismo Sábio dice que donde hay humildad ahí está la sabiduría: *Ubi est humilitas, ibi et sapientia*, Prov. xi, v. 2; en otra parte dice, que tener esta humildad es suma sabiduría. *Sapient. viii, v. 22*. Y el profeta David, Psalm. xviii, v. 8, que á los humildes da Dios la sabiduría: *Sapientiam prestans parvulis*. Pero fuera de esto en propios términos nos enseña esta verdad la Escritura divina, así en el Viejo como en el Nuevo Testamento, prometiendo grandes bienes y gracias de Dios, unas veces á los humildes, otras á los pequeños, otras á los pobres de espíritu, llamando por estos y por otros tales nombres á los verdaderos humildes: *Ad quem autem respiciam, nisi ad pauperulum, et contritum spiritu, et trementem sermones meos*, dice Dios por Isaias, c. lxxvi, v. 2. ¿Á quién miraré yo, y en quién pondré los ojos, sino en el humilde y en el pobrecito, y en el que está temblando y confundiéndose delante de mí? En estos pone Dios los ojos para hacerles mercedes y llenarlos de bienes. Y los gloriosos apóstoles san Pedro y Santiago en sus Canónicas dicen: *Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam*. I Petr. v, v. 5; Jacob. iv, v. 6. Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Lo mismo nos enseña la sacratísima Reina de los Ángeles en su cántico: *Deposuit*

potentes de sede, et exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes. Luc. i, v. 56. El Señor abate á los soberbios, y ensalza á los humildes: harta de bienes á los hambrientos, y deja vacíos á los que les parece que están ricos, que es lo que habia dicho antes el profeta David, Psalm. xvii, v. 28: *Quoniam tu populum humilem salvum facies, et oculos superbiorum humiliabis*; y lo que nos dice Cristo en el sagrado Evangelio: *Quia omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur*. Luc. xiv, v. 11. El que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado. Así como las aguas se van corriendo á los valles: *Qui emittis fontes in convallibus*, Psalm. ciii; así las lluvias de las gracias de Dios se van á los humildes. Y así como los valles, por las muchas aguas que recogen en sí, suelen ser fértiles y dar abundantes frutos: *Et valles abundabunt frumento*, Psalm. lxxiv, v. 14; así los bajos en sus ojos, que son los humildes, aprovechan y dan mucho fruto por los muchos dones y gracias que reciben de Dios. Dice san Agustin, serm. 2 de Ascens., que la humildad atrae á sí al altísimo Dios: *Altus est Deus: humilias te, et descendit ad te; erigis te, et fugit à te*: Alto es Dios, y si os humillais, descendiendo á vos; y si os levantaiis y ensoberbeis, huye de vos: *Quare? Quoniam excelsus est, et humiliat respicit, et alta à longe cognoscit*. ¿Sabeis por qué? dice san Agustin. Porque, como dice el real profeta David,